

La Esquerra Independentista: un tejido que se desgarr



Militantes socialistas en los Países Catalanes

Hace ya unos años que venimos presenciando como todo un tejido se desgarr, frente a los inútiles intentos por convencernos de que ese tejido, alfombra roja hacia el dominio del capital, es el camino hacia una abstracta dignidad. ¿Cuál es este tejido? La socialdemocracia. ¿Quién lo está desgarrando? El proletariado.

Cabría pensar que esta ruptura nace de la voluntad de unos pequeños grupos de proletarios por aventurarse en los caminos señalados como derroteros por los gestores sensatos de la política. Un impulso temerario que debería calmarse mediante la voz de la experiencia. Al izquierdismo, habría que oponerle el realismo. Sin embargo, lo que aquí se batalla, no es la temeridad contra la sensatez, sino la abolición de las clases contra la conciliación de estas.

El último ejemplo enmarcado en esta tendencia fue una carta abierta publicada por una comunista [1], en la que se abogaba por romper con el programa de la socialdemocracia catalana y poner las bases para la construcción de un proceso socialista, es decir, la puesta en marcha del programa independiente del proletariado. No tardaron en aflorar las reacciones, por parte de Arran [2], Endavant [3] y otras formaciones afectadas por la crítica [4].

Sus portavoces siguieron una estrategia clara, pactada por sus camarillas en sesiones extraordinarias para solventar una crisis que les supera por completo. Y es que la carta no constituye un hecho aislado, sino el contagio, en su propia organización, de una tendencia que desde hace tiempo está tomando cuerpo en Euskal Herria, Madrid y Aragón, entre otros territorios. Una enfermedad que no ha tardado en aparecer en el interior de su organización y que habría que extirpar de la mejor manera posible. Para solventarlo, optaron por la llamada a la calma, aceptaron la existencia de la crítica y se dispusieron a encauzar la disensión por vías internas. Vías que, por cierto, «se han perfeccionado durante estos 10 años de historia» para silenciar y atenuar cualquier crítica a la línea oficial, lo que dificulta ya de antemano que las tendencias desfavorables a la supeditación

del proletariado al programa socialdemócrata tengan alguna oportunidad. La razón de Estado siguió todas sus intervenciones, con el objetivo de salvar los muebles a toda costa: seguir militando en los proyectos políticos de Arran y Endavant, encauzando la resolución del conflicto por medio de unas dinámicas que favorecen de facto a la línea establecida.

Una característica común de las respuestas a la carta fue la de querer convencernos de que, en el fondo, no habría tanta disensión y que se trataría, más bien, de un análisis erróneo e «idealista» de los medios para alcanzar un mismo objetivo. Ante ese error, se señalaba que Arran y Endavant disponen de los cauces adecuados para su tratamiento y resolución y que, por tanto, no habría que apurarse y que se debería seguir trabajando en ellas. Pero, como veremos, al programa independiente del proletariado y al programa independentista de la socialdemocracia los separa un abismo infranqueable, tan infranqueable como inevitable es la progresiva descomposición de las camisas de fuerza teórico-prácticas entre el trabajo y el capital que supone la socialdemocracia.

Si hay otro determinante común claro entre las diferentes reacciones de la socialdemocracia que hemos experimentado ante la ruptura proletaria con aquella, es el manejo de abstracciones y frases generales, que servirían indistintamente para justificar un programa proletario, uno socialdemócrata o uno abiertamente reaccionario. Las contradicciones de la política, los poderes que se nos oponen, las necesidades realistas que se enfrentan a nuestras intenciones teóricas, la disposición a hacer autocrítica, etc. Pero hay más determinantes comunes, uno de los cuales, el que detenta el lugar de honor, es el uso de ideas de comunistas revolucionarios para justificar proyectos conciliadores con el capital. No merece mucho la pena entrar a analizar esto último, ya que la aplicación del eclecticismo teórico es una costumbre tan vieja y manida que sorprende que aún surja algún efecto.

No obstante, como somos comunistas y no dogmáticos, tenemos que atender a la argumentación racional, donde las citas poco o nada pueden aportar, más allá de aclaraciones. Pues, aquí, no se trata de defender a una u otra corriente frente a su revisión, sino de discutir qué ideas y qué prácticas nos permiten abolir la sociedad capitalista y cuáles no.

En este sentido, la carta pone sobre la mesa la necesidad de plantear la independencia del proletariado en todos los sentidos: respecto del proyecto teórico de la socialdemocracia y respecto de su organización política. La socialdemocracia es un proyecto político, aunque no el único, de la clase media o, en los términos que expone la carta, «la pequeña burguesía y sectores acomodados de la clase trabajadora». Este concepto de clase media es diferente al «concepto creado a partir de la economía liberal y la sociología» cuyo uso Endavant atribuye a la carta, ya que, en el primer caso, el concepto se refiere a una determinada relación cualitativa de clase, mientras que, en el segundo, se sostiene sobre el criterio cuantitativo de la renta asociada al individuo abstracto; en el primero, la clase media da cuenta de una determinada correlación de fuerzas donde las capas acomodadas de la clase trabajadora y la pequeña burguesía hacen coincidir sus intereses en un programa político común; en el segundo, las clases quedarían establecidas por la renta, donde las clases o, más bien, los grupos sociales, pasarían a ser las de ricos, pobres y aquellos que no son ni ricos ni pobres: la clase media.

La clase media, en realidad, está compuesta por aquellas clases y fracciones de clase que, abrumadas por el poder del gran capital buscan o mejorar su posición o resistir frente al empeoramiento de su situación dentro del modo de producción capitalista. La política de la pequeña burguesía, cuyo interés, como el de todo burgués, consiste en aumentar su cuota de mercado, tiende a realizarlo por medio del Estado, que no es más que la institución política de gestión del mercado nacional. Sin embargo, en aquellos contextos en los que la nación no dispone de Estado propio, la pequeña burguesía puede apostar por un proyecto de construcción nacional, que le asegure la gestión de un mercado propio y se sobreponga a la desfavorable competencia que experimenta en un Estado más grande.

Sumado este interés a la existencia de una opresión nacional, opresión que no solo sufre la burguesía, la pequeña burguesía puede permitirse plantear un movimiento de liberación nacional. Pero la nación, por definición, es un concepto interclasista: es la forma adecuada de la organización local del mercado capitalista y su expresión política es el Estado. No debe confundirse, sin embargo, la nación con la idiosincrasia ni con la cultura de un determinado territorio. La nación es, por un lado, un conjunto ideológico que justifica la existencia de una comunidad abstracta, por encima de las clases. Por otro lado, implica una comunidad real de vida —con sus expresiones culturales, idiosincráticas, etc.— y un territorio. La socialdemocracia, en su versión más radical, solo puede plantear la relación entre la solución a la cuestión nacional y el socialismo de la forma burguesa, es decir, positivizando la nación, con su Estado propio, y construyendo el socialismo —concepto cuyo contenido también habrá que discutir—, como dos momentos separados, tanto lógica como temporalmente. Para justificar esto, de forma que no parezca una tesis abiertamente nacionalista, Endavant se sirve del siguiente argumento:

«no hi ha condició possible per al socialisme dins les fronteres dels estats espanyol i francès, la Unió Europea i l'OTAN, i, en aquest sentit, la lluita per l'autodeterminació als Països Catalans es formula com un marc d'adscripció i acumulació de forces imprescindible per a materialitzar la presa del poder polític.»

Claro está que Endavant no puede demostrar esta afirmación, porque es falsa. Es cierto que no puede pensarse el socialismo dentro de las fronteras de los Estados español y francés, pero por el mismo motivo que es impensable en una nación aislada, como los Països Catalans. Que el socialismo es imposible a escala nacional debería ser a todas luces algo evidente, no solo por lógica, sino también por la experiencia histórica, pero para la dirección de Endavant, los Països Catalans son el jardín del Edén, donde todo es posible, con tal de justificar la construcción nacional de un Estado propio y de un socialismo burgués. Del mismo modo, convierten la forma nacional de la revolución en contenido y, de este modo, liquidan de una tacada el internacionalismo proletario que dicen defender.

A la postura socialdemócrata no se le pasa por la cabeza la posibilidad de que en una sociedad comunista o en vías de serlo es completamente concebible la convivencia de una organización comunal supranacional con la libertad de expresar la cultura y la idiosincrasia propia de cada territorio. Ni tampoco puede imaginar un proceso socialista en el que la progresiva abolición del poder del capital trajera consigo la propia libertad de expresión cultural, de idioma, etc. Solo puede imaginar la independencia nacional, por un lado, y el socialismo, por otro. Y, así, se crea el pretexto para la colaboración entre clases y la supeditación del proletariado a los programas nacionales, que siempre son los de la

burguesía. La construcción del socialismo en los Países Catalans significa, para el comunismo, la abolición del capitalismo en dicho territorio, la organización comunal y la libertad de expresión cultural; para la socialdemocracia, significa la construcción de un Estado nacional, por un lado, y, por otro, de un socialismo más parecido a un Estado burgués del bienestar que una asociación de individuos libres.

Esta concesión de principios a la burguesía es la que justifica todo tipo de apoyos a reformas y aventuras políticas que no tienen ningún tipo de relación con proporcionar un crecimiento del poder del trabajo sobre el capital. Del mismo modo, la tesis de la Unidad Popular trae consigo toda una serie de problemas que conllevan, en cualquier caso, el mantenimiento de la dependencia del proletariado respecto de los intereses de la clase media. Según Arran:

«l'estratègia de la Unitat Popular es presenta en un context històric i geogràfic en què no podem plantejar una presa frontal del poder, sinó que hem de batallar per l'hegemonia en una guerra de posicions, entenent els processos de lluita com moments de comprensió política i intervenint en la complexitat d'una realitat en què el mercat laboral es diversifica, existeix una distribució territorial desigual, hi ha una dissociació respecte al lloc on es viu i el centre de treball, s'aferma la feminització de la pobresa i tants altres factors. Apostem per la Unitat Popular amb l'objectiu de construir un bloc històric a partir d'un programa conjunt, sota la direcció de la classe treballadora, que permeti confrontar el poder de l'estat burgès alhora que prefigura el nou poder de classe mitjançant la institucionalitat pròpia.»

¿En qué se ha traducido prácticamente esto? En la supeditación al programa de la CUP y de las Candidaturas, al proceso nacional dirigido de facto por los intereses burguesía catalana, a las instituciones del Estado, a las necesidades del mercado internacional y a todo tipo de concesiones a la política de la clase media. Es decir, a todo, menos a un programa independiente del proletariado, condición sine qua non del comunismo. Esto es completamente consecuente desde el punto de vista socialdemócrata, que realiza una radical separación entre medios y fines. Separación que ya hemos visto en el caso de la solución a la cuestión nacional, pero que recorre todo el cuerpo estratégico de la socialdemocracia. Por un lado, el socialismo como objetivo. Por otro lado, la acumulación de fuerzas en torno a un programa de reformas, al parlamento, al arreglo de la dependencia respecto del Estado, etc. Esto conlleva que dentro de una misma estrategia se puedan justificar todo tipo de posturas reformistas, sin ninguna relación con el socialismo, que estarían justificadas «mientras tanto» por la resistencia contra el capital y que servirían para acumular fuerzas. La estrategia comunista, en cambio, busca encontrar el nexo entre cada lucha y el aumento del poder comunista, entre cada ataque del capital contra el trabajo y la respuesta que alinee al trabajo con el comunismo. En este sentido, la práctica socialista implica una progresiva independencia del proletariado respecto del capital y de sus instituciones, creando las suyas propias. Dependiendo del parlamento para las soluciones a los problemas inmediatos del proletariado o perseguir todo tipo de reformas y etapas intermedias sin plantearse su relación con el crecimiento de la autonomía del proletariado, como hace el programa socialdemócrata de Arran y Endavant, camina en una dirección inversa.

Por realizar esta separación entre medios y fines, la socialdemocracia radical solo puede concebir la revolución como la construcción de un «poder popular» que ganaría progresivamente fuerza para «tomar los medios de producción» y construir el socialismo. Para ello, la fórmula más adecuada es la de Unitat Popular:

«Apostem per la Unitat Popular amb l'objectiu de construir un bloc històric a partir d'un programa conjunt, sota la direcció de la classe treballadora, que permeti confrontar el poder de l'estat burgès alhora que prefigura el nou poder de classe mitjançant la institucionalitat pròpia.»

Pero la Unitat Popular implica la conciliación y convivencia de intereses de diferentes clases que, en el mejor de los casos, se intentarían alinear bajo el interés del proletariado. Sin embargo, el proletariado no puede dar salida a los intereses de las «clases populares», precisamente porque son intereses antagónicos entre sí y respecto a la superación del capitalismo. Lo que puede y debe hacer el proletariado es proponer una forma radicalmente diferente de vida, arrastrar a las clases en vías de proletarización y construir esta forma de vida progresivamente, en la lucha, y no como un acto que se realizaría una vez se hayan acumulado suficientes fuerzas y se pueda plantear una toma del poder —en qué sentido se plantea esta toma del poder también es algo que habría que discutir—. La independencia teórica, la independencia estratégica, la asociación, la okupación, la expropiación, la desobediencia, la reorganización de la vida y la independencia material son los medios de los que el proletariado puede dotarse para construir un movimiento que pueda abolir el poder del capital, poder que no es meramente político, sino social. Medios que, por cierto, el interés de algunas de las «clases populares» no pueden tolerar. Que en este movimiento otras clases, seguramente aquellas en proceso de proletarización, puedan alinearse con el movimiento independiente del proletariado es una cosa, y otra muy diferente es amalgamar los intereses de diferentes clases en un mismo movimiento — Unitat Popular —, esperando poder conciliarlas con la construcción del socialismo.

La separación de medios y fines lleva consigo el etapismo y el reformismo, mientras que la separación entre proyectos —proyecto nacional, proyecto socialista y proyecto de género— conlleva una estrategia interclasista. Todos ellos, determinantes de la política socialdemócrata.

Entonces, «¿estas fuerzas dónde se acumulan?» Desde luego que no en el seguidismo a programas electorales — Candidatura d'Unitat Popular (CUP) —, ni tampoco en la solución reformista a los problemas del proletariado, ni en dar salida a los intereses antagónicos de las «clases populares», ni en conciliar medios aparentemente radicales de lucha en la calle con aventuras interclasistas, luchas por la soberanía económico-política nacional, horizontes socialistas indefinidos que, como se ha visto ya en multitud de documentos, campañas y debates con estas formaciones, se muestran como capitalismo alternativo, benevolentes y redistributivos, eso sí, con carácter nacional propio.

Por el contrario, es necesario unir cada expresión del poder del capital sobre el trabajo con su solución necesaria en la asociación comunista. La lucha sindical debería fortalecer las redes de sindicatos independientes del proletariado. La lucha contra los ataques a los derechos civiles debería unirlos en la construcción de consejos obreros o, lo que es lo mismo, instituciones políticas proletarias. La lucha contra la opresión de género debería ganar a las mujeres, a las lesbianas, a los gays, a las y los transgénero, para la causa del

comunismo, demostrando el nexo que une la opresión que padecen con el proceso de reproducción del capital y no presentando la cuestión como adyacente a la causa socialista. La lucha por reformas debería darse como presión social, no como participación o apoyo a los participantes en el parlamento, demostrando siempre la limitación de las mismas y mostrando que, muchas veces, son reformas imposibles. Arrancar reformas a la burguesía significa esto mismo. Del mismo modo que no se debe ver, por ejemplo, en la sanidad pública el objetivo del proletariado —ni una institución ajena a la ley del valor y no subordinada al capitalista colectivo—, sino que debe demostrarse que su calidad depende de la anarquía del mercado y de las coyunturas políticas, proponiendo en su lugar una sanidad gestionada por el propio proletariado y no supeditada a la ley del valor que, por la propia naturaleza del socialismo, perdería su caracterización de «pública».

Nada de esto se plantea por parte de la Esquerra Independentista, que confía sus esfuerzos a las coaliciones parlamentarias y engorda nada más que una organización de lucha de resistencia y de sostén del reformismo. Y cuando se plantea algo parecido, como cuando Arran dice que hay «confrontar el poder de l'estat burgès ahora que prefigura el nou poder de classe mitjançant la institucionalitat pròpia», esto se hace sin ninguna relación entre el resto de medios que apuntan más a la conciliación de clases que a la independencia del proletariado. Nos hablan de acumular fuerzas, de forma abstracta, sin mostrarnos el punto de mediación entre esa acumulación de fuerzas y la revolución.

En suma, las expresiones de lucha contra la miseria a la que nos condena el capital tienen que articularse en un movimiento independiente, tanto teórica como organizativamente, en el fortalecimiento del poder comunista mediante el desarrollo de las potencialidades comunistas que poseen esas luchas. El crecimiento de este Poder del comunismo significa, así, el alejamiento de la dependencia respecto del capital, produciendo a través de la asociación y la autonomía las condiciones que minen la reproducción del capital en sus cimientos. Condiciones, por cierto, entre las que se encuentra la reproducción de la opresión nacional.

Arran y Endavant intentan convencer de que persiguen los mismos objetivos que los críticos, con medios parecidos, aunque más realistas. Pero, pese a todo esfuerzo que puedan hacer, va quedando claro, por su práctica pretérita y por sus posturas teóricas presentes, que su estrategia, consciente o inconscientemente, es inevitablemente conciliadora con el capital e impotente para hilar el nexo entre los medios que proponen y los fines que persiguen. Es más, sus objetivos y los del comunismo son, en muchos aspectos, radicalmente diferentes, desde su concepción del socialismo, pasando por su caracterización del poder del capital, hasta el carácter nacionalista de su proyecto. Lo único que les queda es denunciar una falta de proyecto alternativo. Sin embargo, el proletariado conoce, desde hace tiempo, que en Euskal Herria, Madrid, Aragón y, también, en Catalunya, el proletariado comunista está comenzando a organizarse en un proyecto proletario internacional e independiente. Proyecto que no por presentar de forma radical sus pretensiones comunistas, deja de dar respuestas consecuentes a la cuestión nacional y a la cuestión de género, pues son todas estas opresiones las que debe solucionar un proyecto que no solo se caracteriza por la abolición de las clases, sino también por su fin último, a saber, la libertad.

Las campanas suenan anunciando el fin de las aventuras de la socialdemocracia. El proletariado quiere construir su propia independencia y alejarse de las viejas vías que, lejos de dar frutos como han intentado defender los teóricos de la EI, no han hecho sino supeditarlos a las instituciones del capital y a los proyectos de la burguesía; quiere desarrollar su asociación y la autogestión de su vida por la vía proletaria, sin etapas intermedias ni ficciones nacionalistas; quiere dar solución al problema de la vivienda por medio de la expropiación y no por medio de la regulación de los alquileres; quiere resolver la cuestión nacional mediante la asociación internacional de los trabajadores y no mediante la independencia política nacional; quiere generar sus propios consejos, órganos de poder y gestión de su vida, y no ganar cuotas de poder por medio de las instituciones; quiere orientar todas sus fuerzas a arrancar a sus hermanos proletarios de la influencia de la burguesía y no aliarla con ella ni conciliarla con sus intereses; todo ello, entendido como un proceso socialista, como construcción del poder comunista, y no como una serie de actos a realizar una vez tomado el poder. Ante esta fisura disyuntiva, todas las puntadas de hilo están destinadas a saltar por los aires.

[1] <https://contracultura.cc/2022/03/31/carta-abierta-a-la-juventud-comunista/>

[2] <https://laccent.cat/hem-nascut-per-vencer-2/>

[3] <https://laccent.cat/recuperar-la-illusio-sense-cedir-a-lidealisme-carta-oberta-a-les-comunistes-dels-paisos-catalans/>

[4] A diferencia de Arran y Endavan, otras organizaciones han presentado su postura de forma abiertamente nacionalista y con poco espacio para un debate sobre una estrategia socialista. Uno de estos ejemplos es la intervención de un militante de La Forja: <https://www.naciodigital.cat/opinio/24437/joves-moviment-nacional-popular>